

Virgen cuando trata del pecado original, en que son concebidos generalmente todos los hombres, sino que ni aun puede sufrir que se ponga en cuestion si estuvo sujeta á él. La razon que alega explica todavía mejor su pensamiento; porque sabemos, dice el santo Doctor, que esta incomparable Virgen recibió tanto mas abundantes gracias para triunfar enteramente del pecado, quanto mereció concebir y parir al que la fe nos enseña haber sido exento de todo pecado, y absolutamente incapaz de tener nada de comun con el pecado. ¿ De dónde podría venir, dice en otra parte, la mancha á una casa en que ningun habitante; esto es, ningun deseo terreno, ningun extranjero entró jamás, ni fue habitada jamás sino por el Señor que la crió? *Unde sordes in domo in qua nullus habitator terræ accessit? Solus ad eam ejus fabricator et Dominus venit* (D. Hier. epist. ad Eust.). No hay duda, dice san Gerónimo, que la madre del Señor debió ser de una pureza tan grande y de una santidad tan perfecta, que no se la pudiese echar en cara haber sido manchada jamás con el menor pecado. María es aquella vara de que habla el Espíritu santo, dice san Ambrosio, toda derecha, toda lisa y resplandeciente, en la cual jamás se halló ni el nudo del pecado original, ni la corteza del actual.

Este sentimiento es tan universal y tan comun entre los padres de la Iglesia, que no se sabe haya habido alguno que se haya atrevido á poner en duda si la santísima Virgen contraxo el pecado original.

Este insigne privilegio les pareció á todos tan conveniente á la augusta cualidad de madre de Dios, que no hallaron términos bastante pomposos, ni bastante enérgicos para publicar y celebrar esta primera gracia; y todas las razones de este insigne privilegio las encierra san Agustín en decir que la carne de Jesus es una parte, ó es la misma carne que la de María madre de Dios: *Caro Jesu, caro est Mariæ* (Aug. de Assumpt. B. V.).

A la verdad, ¿ qué hijo podría jamás sufrir que su madre hubiese estado un solo instante cubierta de lepra, que hubiese estado en desgracia del soberano, y que hubiese sido esclava de su mayor enemigo, si hubiera estado en su poder el estorbarlo? El Hijo de Dios pudo embarazar el que su madre estuviese en el primer instante de su con-

cepcion cubierta de la lepra del pecado original, y por consiguiente en desgracia de Dios y baxo la tiranía del demonio; ¿ quién, pues, se atreverá á imaginar, dice el ya citado san Bernardo, que no la haya preservado? Esto obligó á los sumos pontífices á prohibir tan expresamente el defender jamás que la santísima Virgen fué envuelta en la masa comun; y Gregorio XV. en su bula de 24 de mayo de 1622, prohíbe no solo el que se enseñe en las escuelas y se predique en los púlpitos, sino tambien el que se defienda aun por via de conversacion, que la Virgen santísima contraxo el pecado original: Ved aquí como habla el sumo Pontífice en dicha bula.

“ Despues de un largo y maduro exámen, hecho con toda la atencion y diligencia posible, declaró y mandó nuestro santísimo padre el Papa, y por el presente decreto ordena y manda á todos y á cada uno en particular, así eclesiásticos, como seculares, de cualquier orden religioso que sean, de cualquiera clase, condicion y dignidad que puedan ser, que en adelante no se atrevan á defender, predicar ó enseñar en los púlpitos ó en las escuelas, en sus lecciones, ni en ninguno de todos los demas actos públicos, que la santísima Virgen fue concebida en pecado original; y quiere y declara su Santidad, que cualquiera que contravenga al presente decreto, incurra en las censuras y penas, &c. Por las mismas razones, y baxo las mismas penas prohíbe su Santidad defender, aun en las conversaciones particulares ó en escritos privados, que la santísima Virgen fué concebida en pecado original.” *Post longam et maturam discussionem, &c. Hoy es de fe Católica con los*

§. VI.

Los sumos pontífices y concilios tocante á la inmaculada concepcion.

Desde Sixto IV. hasta hoy no ha habido papa, excepto Pio III., Marcelo II. y Urbano VII., que no vivieron sino uno ú dos meses en el pontificado, que no hayan autorizado por sus bulas y breves la doctrina de la inmaculada concepcion de la santísima Virgen. La fiesta de la in-

maculada Concepcion que establecieron los sumos pontífices, y que se celebra en toda la Iglesia, es una prueba la mas auténtica de este insigné privilegio; pues segun el angélico doctor santo Tomás, la Iglesia romana no puede celebrar fiesta á una cosa que no sea santa. No se puede decir que el objeto de esta solemnidad sea el segundo momento de su vida, en el cual la santísima Virgen haya sido santificada; porque por la palabra concepcion no se debe ni puede entenderse sino el primer instante de su vida; así lo entendió Zacarías, obispo de Guardia, en los himnos que compuso de orden, y con la aprobacion del papa Leon X. y de Clemente VII., en los cuales dice que la santísima Virgen fue criada en estado de gracia, y que en aquel primer instante en que todos los hombres son hijos de ira, María fue ya el objeto de las delicias y complacencias de Dios.

Aunque no tengamos por ecuménico al concilio de Basilea; sin embargo, no puede menos de ser de un gran peso el consentimiento de los prelados y doctores que se hallaron en él, dice el sábio padre Vicente Antiste del orden de Predicadores; á lo ménos hace ver cuál era su modo de pensar por lo tocante á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen; pues en la sesion 36 formaron un decreto, en que se prohíbe, so pena de incurrir en la indignacion del cielo, el defender la opinion contraria.

Finalmente, los padres del santo concilio de Trento declararon, que en el decreto que hicieron para expresar la fe de la Iglesia por lo que mira al pecado original, no pretendian comprender á la inmaculada y bienaventurada Madre de Dios. No habiendo, pues, querido el santo concilio confundirla con los demas hombres en la ley general del pecado, ¿quién será tan temerario que la envuelva en ella? El mismo concilio, mandando que se observasen las constituciones de Sixto IV. baxo las penas enunciadas en dichas constituciones, creyó haberse explicado bastante sobre este artículo, sin que fuese necesario hacer sobre él un decreto mas expreso.

En la adición del tratado del erudito padre Antiste, que ya hemos citado, pretende el autor que el segundo concilio Niceño, el segundo de Toledo, el sexto sínodo

general baxo el papa Agatón, el concilio de Francfort, el séptimo sínodo baxo Adriano, y el de Osona declaran suficientemente haber sido inmaculada la concepcion de la santísima Virgen, aunque no hiciesen sobre ello un artículo de fe. Lo cierto es, que la fiesta de la inmaculada Concepcion se celebraba ya entre los griegos en el siglo séptimo; llamábase esta fiesta *Panagia*, que quiere decir la fiesta de la *todavía santa en su concepcion*. Si la Iglesia romana ha empezado mas tarde á celebrarla, no lo hace con menos solemnidad; y los sumos pontífices la han dado los mismos privilegios en todo el orden de san Francisco, que á la fiesta y octava del Corpus. Al fin de esta historia se verá el concursó maravilloso de todos los órdenes religiosos, de todas las universidades, de los mas grandes emperadores, de los reyes y de los pueblos en honrar á la inmaculada concepcion de la santísima Virgen, y los monumentos que subsisten de este zelo, y de esta singular y tierna devocion. El especial favor que hizo Dios á la santísima Virgen en preservarla del pecado original en consideracion á su maternidad divina, es un privilegio tan singular, y que da una idea tan alta de la incomparable santidad de María, que no se debe extrañar el que nos hayamos extendido tanto sobre una tan grande prueba de distincion, y que se puede llamar la mas gloriosa época de su vida.

§. VII.

Las prerogativas que acompañaron al privilegio de la inmaculada concepcion de María.

Esta primera gracia fue acompañada de muchas otras. Desde el primer instante de su vida tuvo la santísima Virgen, dice san Bernapdino, un perfecto uso de toda su razon; fue dotada de todos los dones del Espíritu santo: formó los actos de las mas excelentes virtudes; y su espíritu fue enriquecido de los mas sublimes conocimientos. Su corazón desde entonces fue abrasado del fuego del mas puro amor de Dios; y los nueve meses que estuvo en el vientre de su madre, meses que son para todos los hom-

bres una continua inacción, fueron para esta Señora un fondo de perfecciones y de méritos. En su primera santificación, dice san Vicente Ferrer, recibió la gracia con mas plenitud que todos los santos y ángeles juntos; de suerte, que aunque todos los serafines, aquellos espíritus celestiales que son todo fuego, juntarán todos sus divinos ardores, no igualarían con mucho al ardor que María sintió en el primer instante de su vida.

No se puede dudar, dice un gran siervo de María, que el alma que infundió Dios en el cuerpo de la santísima Virgen cuando fue concebida, fue la mas hermosa que habia habido jamás antes del alma de Jesucristo; y no solo fue el alma mas perfecta del mundo, sino que se puede decir tambien que fue la mas excelente obra que habia salido de las manos del Criador; y para encontrar alguna cosa mas grande en la naturaleza, es necesario, dice el beato Pedro Damiano, subir hasta el mismo Autor de la naturaleza: *Opus quod solus opifex supergreditur*; qué de luces, qué solidez, qué elevación en su espíritu! qué docilidad en su voluntad! qué ternura, qué magnanimidad, qué extensión, qué pureza en aquel corazón del que Dios solo fue siempre dueño! qué inclinaciones mas conformes á los movimientos de la gracia! qué natural mas suave, mas perfecto, mas susceptible de las impresiones del Espíritu santo! Ved aquí cuáles fueron los primeros frutos de la primera gracia de María.

A esta alma privilegiada, continúa el mismo Orador sagrado, se la habia preparado un cuerpo tan hermoso, que el gran san Dionisio confesaba cincuenta años despues, que no podia mirarle sin quedar deslumbrada su vista; y que la hubiera adorado como á una diosa, si la fe no le hubiera enseñado que en el mundo no habia sino una sola divinidad.

Desde el instante primero en que esta alma, toda hermosa y sin mancha, fue unida á un tan hermoso cuerpo, empezó á amar á Dios mas ardientemente que todos los serafines; de suerte, que lo mismo fue empezar á vivir, que prestar sus órganos á aquel cuerpo tan perfecto á todas las funciones de la vida racional y espiritual.

Habiendo recibido con la gracia santificante, como se

ha dicho, el perfecto uso de la razon, desde entonces fue ilustrado su espíritu con todas las luces de la sabiduría, y enriquecido de todos los conocimientos naturales y morales. Este insigne favor, esta gracia de predilección fue tan abundante, que sobrepujo á la de todos los santos, y de todas las celestiales inteligencias, dice san Vicente Ferrer; de modo, que en el primer instante de su vida fue ya María mas pura, mas santa y mas agradable á los ojos de Dios, que todos los predestinados juntos al fin de su carrera.

Veis aquí lo que fue la santísima Virgen, no digo antes de nacer, sino desde del primer instante de su concepción. Concebid, si es posible, lo que sería en adelante por el santo uso que sin interrupción hizo de un tan rico fondo de virtudes y de dones sobrenaturales. Jamás tuvo ociosa ninguna de sus cualidades infusas, ni ninguno de sus talentos naturales. Desde su immaculada concepción todo su espíritu se aplicó y dedicó á conocer y á alabar á Dios; todo su corazón, toda su alma á amarle con el amor mas puro, mas encendido, mas perfecto y mas tierno, dice san Bernardo. En la santísima Virgen jamás hubo momento vacío; jamás hubo dones infructuosos, jamás hubo gracia ineficaz: desde el primer instante de su concepción no perdió jamás un solo instante, ni cesó un solo instante de amar á Dios cuanto podia amarle con aquella sobreabundancia de gracias de que estaba llena. ¿Cuál debió ser el tesoro de merecimientos de que fue enriquecida en aquellos nueve meses que pasó en el vientre de su madre? María, dice el mismo Santo, recibió tanta gracia, cuanta se puede dar á una pura criatura. No debemos admirarnos de los términos enfáticos de que se sirven todos los santos padres cuando hablan de la gracia de que fue colmada la santísima Virgen desde el primer instante de su vida. San Epifanio dice que esta gracia es inmensa: san Agustín que es inefable: san Juan Crisóstomo llama á María el tesoro de todas las gracias: san Gerónimo dice que la gracia se derramó toda en su seno. A los mas grandes santos se les dió la gracia con medida; pero en María se infundió toda la plenitud de la gracia (*Serm. de Assumpt.*).

§. VIII.

La natividad de la santísima Virgen.

Habiendo llegado el feliz término del preñado de santa Ana, dió á luz el día 8 de septiembre del año de 3985 del mundo á esta bienaventurada Niña, la maravilla del mundo, el pasmo de la gracia, el mas bello ornamento de la Jerusalen celestial, la Reyna de los hombres y de los ángeles, predestinada desde la eternidad para ser madre de Dios en el tiempo.

Si los pueblos acostumbran manifestar una tan grande alegría cuando le nace algun hijo á su soberano, porque les nace á ellos mismos un rey y un señor; ¿quién no ve que el nacimiento de María debió llenar de gozo al cielo y á la tierra, como canta la Iglesia, pues habia de ser esta preciosa Niña la gloria y el consuelo de entrambos? *Tu natividad, Virgen madre de Dios, anunció un gran gozo á todo el mundo*; y así como ninguna cosa regocija tanto á los caminantes como el ver levantarse la aurora sobre el horizonte, así ninguna cosa debió causar tanto gozo á los hombres como el nacimiento de María. *Lietentur caeli, et exultet terra*, exclama el Profeta (*Psalm. 59.*): alégrense los cielos, y muestre la tierra su gozo; pues viendo á María en el mundo, estamos ciertos que va á venir el Redentor. La natividad de la santísima Virgen, dice san Ildefonso, es como el principio del nacimiento de Jesucristo; y así como la aurora es el fin de la noche, así este feliz nacimiento fue el fin de todos nuestros males, dice el abad Ruperto, y el principio de aquel dichoso día, por el cual suspiraban todos los hombres.

Certabant saecula quoniam ortu Virginis gloriaretur. Todos los siglos, dice san Juan Damasceno, parecian disputar sobre quién tendría la gloria de ver nacer á la santísima Virgen (*Orat. de Nat. Virg.*). En ese dichoso día, dice el beato Pedro Damiano, ha nacido aquella por quien todos renacemos; pues se puede decir con san Bernardo, que en el nacimiento de la santísima Virgen empieza el cielo á reconciliarse con la tierra, y que este dichoso na-

cimiento es como los preliminares de la paz, digámoslo así, que Jesucristo ha de hacer entre Dios y los hombres.

En Nazaret, ciudad de Galilea, en donde estaban domiciliados san Joaquin y santa Ana, nació la santísima Virgen. Era de la tribu de Judá y de la familia real de David, como ya hemos dicho, y como lo expresa la Iglesia en el oficio del día de su nacimiento. Jamás vió el cielo nacer una niña mas noble, mas cabal, mas santa, dice san Bernardino. Descendiente de David y de tantos otros reyes como contaba entre sus antepasados, habia heredado la gloria de todos ellos. Dotada de las cualidades naturales que habia recibido de Dios, era, como habla san Bernardo, la obra mas perfecta que viéron los siglos: ninguna de las hijas de Israel pudo jamás compararse con ella en el conjunto maravilloso de gracias y perfecciones sobresalientes de que se hallaba enriquecida: de ella fue de quien habia dicho el Espíritu santo por el Profeta (*Prov. 19.*): *Multae filiae congregaverunt divitias; tu supergressa es universas*: son muchas las doncellas ilustres por su nobleza, por sus virtudes, por sus prendas, por su mérito; pero ninguna iguala con mucho al tesoro de gracias con que el cielo te ha privilegiado á ti, ninguna hay que no sea inferior á ti en dones naturales y sobrenaturales.

El nacimiento de la santísima Virgen fue sin ruido y sin aparato, como que el de Jesucristo habia de ser bastante obscuro á los ojos del mundo. Habiendo querido Dios que hubiese una perfecta conformidad entre el nacimiento de la madre y el del hijo, es fácil concebir cuál sería el gozo de todo el cielo al ver nacer á la que estaba reconocida por Reyna del cielo y tierra. Muchos santos padres creen que el ángel que anunció á san Joaquin y á santa Ana que tendrían una hija, sin embargo de su avanzada edad y de su larga esterilidad, les habia dado á entender al mismo tiempo que esta dichosa hija sería madre del Mesías; lo cierto es que jamás se vió niña mas querida de sus padres, ni que mereciese mas sus caricias, que la que desde su inmaculada concepcion era el objeto de la predileccion de su Dios.

El nacimiento de la santísima Virgen empieza el cielo á reconciliarse con la tierra, y que este dichoso na-

cimiento es como los preliminares de la paz, digamos así, que Jesucristo ha de entre Dios y los hombres.

§. IX.

Del santo nombre de María.

Como san Joaquin y santa Ana eran los mas exáctos en observar la ley, no dexáron de cumplir con lo que prescribía se hiciese el día 9 despues del nacimiento de las niñas: una de las ceremonias legales era ponerles nombre á las niñas en este día; y así luego que hubo llegado, la pusieron á su hija el misterioso nombre de María, el cual significa en siríaco *señora soberana*; y en hebreo *estrella del mar*, que guía seguramente al puerto, y que el piloto no pierde jamás de vista, durante la noche, sin peligro de naufragar. No se sabe si se la puso este nombre por alguna revelacion particular; pero no hay duda, dicen los santos padres, que se le impuso Dios; pues élla sola debía llevar toda su significacion, y todos los misterios que encierra en sí dicho nombre. Las tres Personas de la santísima Trinidad te pusieron un nombre tan santo y tan respetable, Virgen santísima, canta el sábio y devoto Raymundo Jordan, preboste de Usez en 1351, y despues abad de Celles, conocido baxo el sobrenombre del Sábido idiota, para que oyéndole pronunciar se arrodillen todas las potestades del cielo, de la tierra y de los infiernos. Este nombre, añade el mismo, es de tanta virtud y excelencia, que el cielo se rie, la tierra se alegra, y hasta los ángeles saltan de gozo siempre que se pronuncia; *Dedit tibi Maria tota Trinitas nomen, &c.* No podia tener la Madre de Dios, dice san Bernardo, nombre que la conviniere mas bien que el de María, ni que mas bien significara su excelencia y sus grandezas. María, continúa el Santo, es aquella hermosa y brillante estrella, elevada sobre este vasto y espacioso mar del mundo: élla guía á los que están embarcados sobre este tempestuoso mar: perder de vista á esta estrella, es exponerse á un evidente peligro de extraviarse, de dar bien presto contra los escollos, y padecer un triste naufragio: *Ne avertas oculos á fulgore hujus syderis, si non vis obrui procellis.* Las tempestades son frecuentes en este vasto mar (habla el mismo Padre): á cada paso se encuen-

tran escollos: ningun puerto, ninguna ensenada en donde no soplen con furia los vientos, donde no se encrespen las olas; ¿pero quieres evitar el naufragio? mira siempre á esta estrella, *respice stellam*: llama á María que te socorra: invoca sin cesar el santo nombre de María: *voca Mariam*. ¿Eres como el blanco de las desdichas y calamidades; te hallas afligido, porque todo te sucede adversamente; estás abrumado por las mas amargas contradicciones, dice el grande Alberto (*In cap. 1. Luc.*)? invoca el santo nombre de María. El nombre de María, decia san Antonio de Padua, es un motivo de gozo y de confianza para todos los que le pronuncian con devocion y con respeto: es mas dulce á la boca que la miel: mas agradable al oido que un cántico lleno de melodía; mas delicioso al corazon que el gozo mas dulce: *Nomen virginis Mariæ, mel in ore, melos in aure, jubile in corde.* ¿Qué nombre despues del de Jesus, dice el célebre Alano de la Isla, del orden del Cister, uno de los mas ilustres ornamentos de la universidad de París; qué nombre se debe publicar con mas elogios, con mas veneracion que el nombre de María? ¿qué nombre debe estar continuamente en la boca y en el corazon de los fieles que el nombre de María? ¿con cuánta razon se compara á un aceyte precioso, que derrama por todas partes el olor mas exquisito (*In cap. 11. Cant.*)? *Cujus nomen præconizatur in mundo nisi Virginis hujus? &c.*

San Anselmo sube todavía mas de punto la veneracion y el elogio de este santo nombre: algunas veces, dice este Santo (*Lib. de Excell. Virg.*), se consigue antes gracia y misericordia invocando el nombre de María, que invocando el de Jesus. No es esto decir que el nombre de Jesus no sea mas respetable que el de María, sino que la santísima Virgen invocada intercede con su hijo, (segun el pensamiento de este Padre) en favor de los que, invocando su santo nombre, acuden á élla, y buscan su poderosa proteccion. La Iglesia apenas oye el nombre de María, dice el sábio Pedro de Blois, cuando dobla la rodilla por el respeto que profesa á este santo nombre; y nunca se oye pronunciar que no se avive la devocion de los fieles: *Ecclesia audito nomine Mariæ genua terræ infigit, &c.*

Desde el nacimiento del cristianismo se han acostumbrado los fieles á no separar los dos augustos nombres de

Jesús y de María: en aquellos primeros tiempos de fervor no se pronunciaban el uno sin el otro. La religión era la misma hoy que era entonces: los verdaderos fieles tienen el día de hoy el mismo amor y el mismo respeto al Hijo, é igualmente profesan á la Madre la misma veneracion y la misma ternura que se la profesaba en aquellos felices tiempos; esto es lo que junta ordinariamente estos dos augustos nombres en el corazon y en la boca de los cristianos, especialmente á la hora de la muerte, de modo, que no se ha visto santo que no haya tenido la devocion y el dulce consuelo de morir pronunciando los santos nombres de Jesús y María. El santo nombre de María, nombre que es el terror de los infiernos, la alegría de los ángeles en el cielo, y el consuelo de los fieles sobre la tierra, es tan dulce y tan respetable á toda la Iglesia, que ha establecido una fiesta particular á honra suya el domingo primero despues del día de su natiuidad. Al fin de esta vida se verá el motivo y la historia de esta fiesta.

La santísima Virgen se cria en Nazaret en casa de sus padres hasta la edad de tres años.

Cumplidos los ochenta días despues del nacimiento de la santísima Virgen, que era el tiempo en que ordenaba la ley que las madres que habian parido hija debian purificarse, llevar la niña al templo, y ofrecer al Señor por sí y por la hija un cordero en holocausto, y un pichon ú dos tórtolas; santa Ana no faltó á esta ceremonia que prescribia la religion, de que era tan zelosa. Llevó, pues, la Niña virgen á Jerusalem, y la ofreció al Señor en el templo; pero mientras que se ofrecia por María la víctima prescrita por la ley, esta dichosa Niña inmolaba élla misma al Señor de un modo mucho mas espiritual y mas perfecto. Hasta entonces no habia visto Dios en su templo, ni sobre sus altares una víctima tan pura, tan santa, tan agradable á sus ojos; tan digna de sus divinas complacencias. La Niña virgen se ofrecia interiormente á su Dios como la mas humilde de sus esclavas; y Dios la recibia como á su hija queri-

da, como á su esposa sin mancha, como á la que habia de ser madre de su amado Hijo. Solo Dios puede saber cuán agradable le fue esta ofrenda, y las abundantes gracias de que fue acompañado este primer acto exterior de religion de la mas feliz y devota Niña.

Se cree, y es muy probable, que san Joaquin y santa Ana no lleváron su santa Hija al templo solamente para satisfacer á la obligacion de esta ceremonia, ó presentacion puramente legal, sino tambien para ofrecerla toda al Señor, y consagrársela como un don del cielo, que ellos no tenian sino en depósito, y que estaban resueltos á volvérsela á dar muy luego que estuviese en edad de ser admitida para el servicio del templo.

Acabada la ceremonia, volvió la santísima Virgen á Nazaret, en donde fue por espacio de tres años el objeto de los cuidados y las delicias de su santa familia. Como la gracia se habia anticipado nueve meses á su nacimiento, tambien el uso de la razon se anticipó en élla á la edad en que la razon acostumbra desenvolverse en los demas niños. Apenas tenia María dos años cuando ya parecian hacer su carácter la piedad, la prudencia, la mansedumbre y la docilidad. Al modo que los astros, aunque luminosos totalmente desde el punto que aparecen sobre el orizonte, parecen van descubriendo á nuestros ojos un nuevo resplandor á medida que se alejan del punto de donde se levantan; así la santísima Virgen, semejante á la estrella, de la cual llevaba el nombre, aunque desde el primer instante de su immaculada concepcion habia recibido el don de sabiduría, no manifestaba sus tesoros sino conforme iba creciendo en edad. Se admiraban todos los días en esta jóven Niña golpes brillantes de una razon anticipada: todo era en élla extraordinario, porque todo era maravilloso. Habiéndose anticipado la razon á la edad, creyeron san Joaquin y santa Ana que debian anticipar el tiempo de cumplir su voto. Habian prometido al Señor, que si no obstante su larga esterilidad les daba un niño ó niña, lo consagrarían á su servicio en el templo. Hallando, pues, en su santa Hija, en la edad de tres años, un juicio, una sabiduría, una devocion anticipada, que no se hallaba en ninguna de las otras niñas de mucha edad, determináron ir á volverle al Señor un tesoro que hasta entonces no habian tenido sino en depósito. Ya se de-